

HUGH THOMAS:
LA CONQUISTA DE MÉXICO

Comienzo con la historia: hace muchos, muchos años, empecé a estudiar fuentes y orígenes de la violencia. Bibliotecas, investigaciones en la mar y en la tierra. La mar de ellas.

Percibí, pronto, que la mera investigación científica a la que me había acostumbrado era, para el caso, sólo una cara de la moneda. Que existía la otra, más la superficie, también redonda, que las une.

Así, no sin gran esfuerzo, logré una reunión *ad hoc* de investigadores, de la que surgió la primera —y hasta hoy la única— *Declaración sobre la violencia*. No faltó, naturalmente, un historiador, del que mucho aprendimos: nuestra historia ha sido, con harta frecuencia, violenta: la conquista de México no es un hecho aislado. No obstante, antes, mucho antes de que naciese la ciencia bajo la forma que desde hace unas cuantas décadas la conocemos, la deshumanizada violencia se estudiaba desde el humanismo: no existía, insisto, realmente ciencia.

Vino, después, y desde principios de siglo, y aun antes, el cientifismo. Lo que no fuese científico prácticamente no valía en la búsqueda occidental y ortodoxa del conocimiento. Se inventaron las ciencias sociales, olvidando que la historia, la antropología social, la psicología, la sociología, la lingüística, etc., poseen mucho de arte, de sensibilidad artística, en la interpretación y entendimiento de los hechos, de los datos.

Por esos años, hace unos treinta y cinco, un joven historiador de Cambridge logra, por razones que no vienen al caso —pero entre las que no hay que olvidar su tenacidad e imaginación—, que en la España de Franco se le permita recorrer el país, escarbar archivos, obtener datos y, con una acuciosidad y verdad ni antes ni después igualados, publique sus resultados. *La guerra civil española, 1936-1939*, de Hugh Thomas, constituye así un hito en los estudios científico-histórico-humanísticos en general, y en lo que al caso de la incivil guerra se refiere. Estudio, investigación sobre la violencia, basado en lo que logró en España, sin descuidar los archivos en Suiza del eminente republicano español, Azcazate, esto es: una visión integrada de las razones y sinrazones de la violencia extrema: la guerra. Traducciones, casi inmediatas, a varios otros idiomas, incluyendo el castellano.

Y he ahí que, a principios de los años sesenta, Thomas viene a México. Cocktail-reunión en casa del doctor José Puche, ex rector de la universidad de Valencia, actor importante durante la guerra, gran fisiólogo. Se encontraban en la reunión de hace algo más de treinta años, prominentes hombres

del exilio español, ya bastante mayores de edad. Varios —así es la vida—, reclamaron, airadamente, casi violentamente al inglés Hugh —entonces en sus escasos treinta—, inexactitudes: “No, cuando usted dice que la Batalla del Ebro comenzó a las 4:50 hrs. de la mañana, no es cierto. ¡Yo estuve allí. Fue a las 4:56 hrs.!” (Cito de memoria, naturalmente, pero por ahí fueron, con frecuencia las cosas). “Que estudie éste lo de Gibraltar”, oí en un par de ocasiones a distinguidos hombres.

Aprendí: si “nadie es profeta en su tierra”, aun menos se permite que un profeta venga de otras tierras, de otros mares.

Hugh Thomas continuó navegando: estudió y publicó, años después, la espléndida y extensa *Historia de la revolución cubana*.

Desconozco cuál fue la reacción en Cuba. Sí, que para entenderla, se fue a los más lejanos orígenes de la historia de ese país, y de los *ad hoc* de España.

Hace unas semanas, y días después de que en Londres el embajador Olloqui le ciñera, mercedamente, la condecoración de “El Águila Azteca”, viene a México Thomas a presentar su libro *La conquista de México*, de casi novecientas tupidas páginas. Desde Prescott, hace unos ciento cincuenta años, ningún otro extranjero se había atrevido a otro tanto.

Son estos, creo, necesarios antecedentes a la actual obra de Hugh Thomas: hay que conocer, aunque sea someramente, al que investiga y escribe, para valorar y captar, adecuadamente, lo por él investigado y escrito.

¿Qué hemos aprendido acerca de la conquista, sobre la que, a veces, se han expresado juicios con muy escaso conocimiento, ponderación y objetividad?

Entre otras cosas, que Cortés vino, seguramente, no de diecinueve años de edad, como se mantenía, sino de veinticuatro, por lo que sus adherencias, su apego, sus conocimientos y cultura de lo de allá eran mucho, muchísimo mayores de lo que se pensaba. Aspecto enteramente esencial para interpretar sus actividades, quehaceres, decisiones, proyección, reacciones y responsabilidades, tanto negativas como positivas. Fue así, maduramente, capaz —igual que hoy, por desgracia, y no me refiero a ningún gobernante en particular, me refiero a casi todos—, de ejercer el terror y la violencia como medio de conquista militar. Capaz, también, de apreciar la belleza de muchos de los conocimientos y logros de los mexica.

Que en sus cartas al rey de España sólo cita una sola vez a doña Marina, la Malinche —y no por nombre—, su fiel esposa y no tan fiel traductora, ya que su nahua no provenía de la zona central, en donde se hablaba mexicana. Al parecer leal siempre a su esposo —Cortés—, pero hay dudas acerca de si comprendió cabalmente o no lo trascendental del momento.

Que el emperador Moctezuma, a sus cincuentaún años, hombre inteligente, sensible, con sentido estético —había sido sacerdote— era ya bastante vie-

jo para aquellos años. Así, duda —como sabíamos— entre concebir a Cortés, con sus atributos occidentales, como una especie de Dios —a la manera mexicana, que no es la nuestra— por un lado, o unos días, y por el otro, en otros días, como un simple bárbaro conquistador. No estaba, pues, en condiciones de ser un militar-político, *strictu sensu*, que decide y actúa.

Entre paréntesis, nos dijo años ha el gran Oppenheimer a los fundadores de la Academia de la Investigación Científica: “Los científicos somos duda, propuesta, sugerencia: los políticos, son acción y determinación: estamos hechos de maderas diferentes.” ¡Vaya verdad! He pensado desde entonces, que R. Oppenheimer sabía de lo que hablaba. No era, pues, el bueno de Moctezuma, el hombre adecuado para dirigir un enfrentamiento militar.

Sí Cuauhtémoc, pero con sólo veintiún años. Para ello, y mucho más, Thomas se va a lejanos aspectos —cercanos entonces— de fusión creadora, para entender nuestro pasado. Fundamentándose y apoyándose, como creo nadie lo había realizado, en la España de entonces, entrelazado, naturalmente, al México de entonces. Aquí, a través, a veces, de las traducciones poéticas del padre Garibay, primero, y de M. León Portilla, después. (Esto, desde luego, no lo pudo hacer Prescott.)

Modesto y penetrante: sutil y sencillo; sensitivo, inteligente y tenaz; historiador, científico, entendedor y no juzgador. Hugh Thomas nos da una espléndida obra para entender, para entendernos, a partir del estudio de la violenta *Conquista de México* que, bien entendida, nos puede dar luces acerca de problemas y situaciones violentas actuales. Así, aunque la historia no puede servirnos para predecir ni todo el presente, ni todo el futuro, sí para entenderlo mejor y a partir de ello actuar hoy con propiedad. Por fortuna los tiempos han cambiado: no he leído u oído críticas acervas a la actual investigación del inglés Thomas, aun siendo que la conquista de México es, para nosotros, un tema tan caliente como lo fue y es para los refugiados españoles el de la incivil guerra. (Sí, se me señala, hay algunos datos equivocados en lo que se relaciona con Gonzalo Guerrero. También, en la p. 85 confunde Panamá con Darien; en la p. 134 dice “que naufragó en 1510”, mientras que en la p. 85 nos dice que fue en 1511, etcétera.)

A pesar de lo mal que se encuentra nuestro planeta Tierra —el único que tenemos—, vamos progresando. Lentamente, pero avanzando, en gran parte debido, en las áreas de búsqueda de conocimiento, a la interdisciplinariedad. Y en áreas más generales, gracias a que cada día la tónica es la de tratar de entender más y de juzgar menos. Exceso de temporales, limitados y unilaterales juicios, nos han llevado, sin estar conscientes de ello, a prejuicios. Y los prejuicios son sólo eso: nocivos *pre*-juicios.

La violencia continúa hoy. Sí, hoy está aquí por doquier, a pesar de los grandes avances en ciencias sociales, antropológicas, psicológicas, económi-

cas, políticas, etnológicas, etc. Militarmente igual: antes espadas, arcos, flechas y arcabuces: hoy ametralladoras, misiles y contramisiles, submarinos atómicos, etc., dan pie al nuevo terror. Igual que hace quinientos años.

El constante afán de conquista —que todavía se exhibe y permea, también por doquier, en estos primeros estadios de la civilización y de la cultura (¡dentro de quinientos años nos verán como nosotros a los de la Edad de Piedra!)—, no obstante, sí se ha transformado. El espíritu del conquistador cobra hoy hilos de penetración potentísimos pero, por ser más indirectos y sutiles —a veces—, son más difíciles de detectar.

Así, pues —olvidando por el momento al planeta—, México se encuentra sujeto a toda clase de acciones de más o menos disfrazada conquista por grupos de poder internos y externos —la llamada “penetración” comercial-cultural a “nivel de igualdad”— de los primermundistas.

Leyendo textualmente, o entre líneas, la integrativa cabal investigación de Thomas, podemos extraer ayudadoras y provechosas enseñanzas, en relación con cualquiera de las dos formas de conquista y, también, con su interrelación.

La tecnología ha cambiado bárbaramente desde hace quinientos años, pero no así las humanas apetencias, a todos los niveles, de conquista.

La obra de Thomas constituye un claro ejemplo de objetividad integradora, fusionadora, tanto de lo indispensable que es: *a*) no quedarnos en el momento histórico y en el espacio en el que sucede, sino que debemos irnos a los antecedentes histórico-socio-religioso-políticos que preveleían en el momento, y en particular antes, mucho antes, aquí y allá, y *b*) la absoluta prevalencia, hoy, de no quedarnos sólo en el campo histórico *per se*, sino de buscar y nutrirnos, *interdisciplinariamente*, de todo aquello, que, integrado, nos sirva para entender el tema concreto. Ello es tan válido en el área de la historia como en otro cualquiera, incluyendo, desde luego, el antropológico nuestro.

Para el progreso es necesario (Declaración de Venecia, 1986) percibir la integración, la retroalimentación constante, entre ciencia, tecnología, arte y tradiciones. De ahí mi forma de introducción al tema de esta recensión bibliográfica.

Santiago Genovés